

DE BUENAS LETRAS

Literatura e infancia

FRANCISCO MORALES LOMAS
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Los sueños comienzan en la infancia y la literatura también. A finales de los sesenta y principios de los setenta nuestro mundo era reducido, anclado en las condiciones cercenadas de una bella ciudad y bajo la férula del oprobio franquista.

Los niños de entonces no teníamos libros. Vivíamos en un mundo clausurado y hermético. Por eso nuestras primeras vivencias en la Biblioteca Pública del Salón, a la vera del Genil, aspiraban a descubrir la humanidad, la vida, la historia y su pensamiento, desde ese aleph de papel y ácaros de una biblioteca provinciana donde nos dábamos cita algunos ancianos que leían IDEAL y Patria, parques estudiantes y pocos soñadores.

Fue en aquella Biblioteca Pública donde comencé a descubrir que existía vida más allá de Sierra Nevada, más allá de la Vega y más allá de Puerto Carretero donde nací. Sentí que desde el interior de un libro podíamos transformarnos y alcanzar los deseos, pulsar

las sensaciones y vivir lo que otros han vivido y amar lo que otros han amado. Que sobre todo, como podría decir Borges, seremos los libros que hemos leído.

Recuerdo que frente a mí, en aquella Biblioteca Pública del Salón que llenó mis días infantiles, siempre andaba la Enciclopedia Universal Ilustrada de Espasa-Calpe con sus cien volúmenes y un mundo por descubrir, pero también andaban las aventuras de Stevenson o las locuras de Cervantes.

Hoy día los neurólogos nos dicen que la lectura activa nuestro cerebro y quizá hasta nos hace mejores personas y más propensas a relacionarnos con los demás (curiosa paradoja la del lector solitario) y, sobre todo, a que nuestro cerebro no desfallezca. Sabemos que la lectura lleva a la escritura, al éxito profesional, y también sabemos que desgraciadamente a partir de los catorce años solo leen la mitad de nuestros jóvenes.

Cada vez el mundo que se muestra más circunscrito, pues lo llevamos en un

smartphone en el bolsillo, sin embargo se enroca más irreconciliable con nosotros. Los jóvenes no leen, no saben leer o leen triviales lecturas que emborronan su mente y sus deseos. Incluso aquellos que se encargan de crear las estrategias para que lleguen a la lectura con pasión, sabemos que apenas leen. Hay un veinte por ciento de maestros que no lee nunca y un cuarenta que solo lee de uno a tres libros al año. Con estos mimbres podemos fabricar pocos cestos.

La lectura se ha convertido en un toque de atención de nuestras necesidades vitales y también en un instrumento para la conquista del conocimiento, algo de lo que deberíamos estar ávidos. Pero nos mostramos incapaces de producir diagnósticos y, a lo más que llegamos, es a reproducir actividades en torno a algo que debería ser sagrado: el goce de lo leído. ¿Qué joven goza hoy con lo leído? ¿Qué profesores transmiten hoy el goce por la lectura?

Estamos en una sociedad dominada por la estadística. Y esta nos dice que salvo una etapa –entre los 12 y los 13 años– los jóvenes no sienten necesidad alguna por inaugurar su tiempo en unas páginas. Cuando las bibliotecas surgen como enormes aventuras por descubrir, cuando la posibilidad de lecturas múltiples está al alcance de la mano, nos negamos a seguir el plan de la aventura, la razón del sentimiento, eso que está anclado en la esencia del ser humano.

¡Cuánto podemos hacer con un libro en la mano, cuánto por cambiar el mundo!